

datos por parte del lector que, de haber sido incluidos, hubieran prestado vida y claridad al esquema del libro. Por otro lado, el estudiante que tenga buenas nociones sobre el contenido del libro hallará poco estímulo en el estilo y juicios del autor. Ejemplos de ello son: "el futuro de Europa es una interrogante" y "cualquiera que sea su futuro, no existe duda posible en cuanto a la vitalidad de Europa". Independientemente del éxito financiero que pueda lograr el texto del profesor Albrecht-Carrié, como empresa intelectual carece de vitalidad y no lleva al estudiante ningún estímulo o reto, ni una mejor comprensión de los problemas. Es evidente que no habrá de ser útil para suplementar o sustituir ni al profesor ni a la biblioteca.

SAMUEL J. HURWITZ
Brooklyn College

H. STUART HUGHES *An Approach to Peace and Other Essays* (New York: Atheneum, 1962). 204 págs.

En estos ensayos el doctor H. Stuart Hughes, Profesor de Historia en la Universidad de Harvard, nos ofrece el fruto de sus meditaciones en torno al problema más urgente que actualmente confronta a la humanidad: el problema de la paz mundial. El profesor Hughes es una de las voces más respetables del movimiento por la paz mundial que está tomando gran impulso en los Estados Unidos en estos momentos. Su pensamiento es, desde luego —y, según admisión del propio autor—, radical. Constituye un esfuerzo de los muchos que realiza cotidianamente "la nueva izquierda" en los Estados Unidos por hacerse escuchar, aun cuando voces estentóreas —provistas de mil y un medios para propagar su mensaje belicista— ahoguen, en la mayoría de los casos, a las voces de quienes desean hacer consciente al pueblo norteamericano de los horrores de una guerra termonuclear.

La voz del autor de este libro es la de un disidente. Cuestiona él los fundamentos de la política exterior norteamericana, por cuanto ésta se encuentra de espaldas al problema candente que debe ser su preocupación central: la posibilidad de una guerra de una destructividad jamás vista, mientras declara, poniendo por ende en peligro el destino de la humanidad misma, que el problema mayor de la humanidad hoy en día es el Comunismo. Lo peor que podría pasar —dice Hughes—, es que el mundo entero sea gobernado por los comunistas. Pues bien, "mejor rojo que muerto", contesta nuestro autor. Conste que no por cobardía, sino por un gran sentido de responsabili-

dad. Por eso, para los que aún ven el "destino manifiesto" de los Estados Unidos en una repetición de la gesta de los "rough riders", el profesor Hughes tiene un comentario sumamente atinado. "Con referencia a nuestro peligro presente, este envuelve el poner la preservación física de la humanidad por delante de la lealtad a nuestra nación o a algún sistema económico o social en particular" (p. 197). Con el comunismo en cuanto sistema económico, dice en uno de los capítulos de su libro, Occidente debe declarar que no está en pugna, sino que aborrece sus aspectos represivos y sus intentos de esclavizar el espíritu humano. Es aquí donde debe radicar la verdadera objeción occidental al comunismo, y no —como acontece comúnmente— por lo que éste representa como sistema económico.

Esta aseveración del autor, que habrá de sorprender a muchos, se basa en su apreciación de los cambios ocurridos en Rusia después de la muerte de Stalin. Hughes cree captar signos alentadores de liberalización en la U. R. S. S. (algo que, por cierto, no es él el primero en señalar: Erich Fromm en un libro reciente, *May Man Prevail?* se ha atrevido a equiparar a la sociedad soviética con la norteamericana en cuanto al grado de burocratización y conformismo imperante en ambos). El autor no ve peligro alguno en la expansión del Comunismo en el continente europeo. Sí reconoce su poder de mover a las masas en los países proletarios del mundo. Por lo tanto, los Estados Unidos, añade él, tendrán que aceptar —o enfrentarse de lo contrario a una guerra nuclear— la probabilidad de que el comunismo como sistema económico y político sea adoptado por un número mayor de países en un futuro cercano. Además, deberá aprender cabalmente la lección de Cuba: después de 1960 la nación norteamericana no puede ya manipular a las naciones pequeñas a su antojo, ni siquiera cuando éstas están a sólo noventa millas de sus costas.

Pero los Estados Unidos no estarán solos en lo que a la disminución de su antiguo poderío se refiere: la U.R.S.S. se verá obligada también a aceptar la existencia de nuevos centros de poder que abrirán grietas en su hegemonía monolítica sobre el campo comunista. En ese mundo del futuro "los Estados Unidos tendrán una figura más modesta que la que tienen hoy en día. Tendrán que pasar (en una menor escala) por el tipo de reajuste al surgimiento de nuevos poderes que Inglaterra y Francia han experimentado ya. En un mundo agrupado alrededor de diez o más centros regionales—dos o tres de ellos comunistas, dos o tres de ellos democrático-occidentales, el resto en algún lugar intermedio— nuestro país será un centro mayor, ni más ni menos (p. 97).

Que estas propuestas son utópicas dado el estado actual de la guerra fría, el primero en admitirlo es el propio autor. Hablar de

“desarme unilateral”, de “cese inmediato de las pruebas nucleares”, de “renunciar a la guerra como medio para resolver la situación actual porque atraviesa el mundo”, sin embargo, y dado el interés creado por aquellos grupos poderosos dentro de la sociedad norteamericana cuyo negocio es el esfuerzo bélico —como las grandes corporaciones productoras de armamentos, los altos círculos militares y la extrema derecha— y dado, además, la constante sicosis de guerra creada por los medios de comunicación de masas —prensa, radio, televisión y cine— que son portavoces de éstos, no se considerará como una propuesta utópica, sino simple y llanamente como un acto de traición, de rendición: el espectro de Munich será resucitado una vez más cuando se oiga la propuesta de Stuart Hughes.

La contestación del profesor Hughes es que, en este mundo donde vivimos, donde se ha declarado “anticuado” al intelectual mientras su lugar lo toman meros “técnicos mentales”, la respuesta de aquél no puede ser otra que la de alzar su voz de protesta —sin la certeza de que habrá de ser oído, y a riesgo de su vida y de su reputación— frente a aquellos grupos poderosos que hoy detentan el poder político y económico en Occidente, y que conjuntamente pretenden ocultarle al pueblo la verdadera, la horrible realidad que es consustancial a una guerra nuclear. Así que, si ha de sufrir el destino de Sócrates, el intelectual no puede menos que obedecer su “demonio” y seguir lo que le ordena su conciencia.

La sinceridad y la brillantez de este pequeño libro, donde se discute con agudeza desde la situación internacional hasta el papel del intelectual en la sociedad contemporánea, desde la significación de De Gaulle hasta las consecuencias del MacCarthyismo, me devolvieron la fe —ya poco menos que perdida— en que la comunidad intelectual norteamericana se está moviendo, por fuerza de los acontecimientos, más allá de los manidos clisés —repetidos ya *ad nauseam*— de los liberales que componen el “Establishment” norteamericano.

Uno podrá discrepar del criterio expresado por el profesor Hughes en este libro, pero no le será posible cuestionar su angustiada sinceridad al enfrentarse al tema con “temor y temblor”. Y no es para menos. Pues de la contestación que los líderes de ambos bandos de la guerra fría den a los problemas por él planteados dependerá el destino de la humanidad. De ellos dependerá —no de los H. Stuart Hughes— si prevalecerá o no el hombre.

MANUEL MALDONADO DENIS
Universidad de Puerto Rico